

SABOGAL

Nuevamente pasea su prócera silueta bohemia y su encanecida cabeza de Goya por nuestras viejas calles de castellano empaque, este gran José Sabogal el pintor que es el más alto signo de la pintura peruana de nuestros días, queremos decir el signo viviente. Esta vez, viene el artista cajamarquino a trabajar unos murales en el hotel de turistas. Será la primera vez que un edificio nuestro reciba una decoración al fresco en el antiguo y noble procedimiento actualizado por los pintores mexicanos de la revolución.

La obra que Sabogal ejecute en el Cusco ha de tener prestancia y estatura trascendente. Su proyección puede ir muy lejos ya que de ella puede derivarse un movimiento artístico parangonable a lo que se llamó en México "la conquista de los muros" Sabogal llega a muralista en la plenitud de su arte y de su vida. Podemos esperar pues, de su recio pincel, la obra sazónada y madura.

Y quien sabe si en el Cusco deba nacer una revalorización vital, popular y revolucionaria de plástica peruana, ganando los muros al tiempo mismo que las multitudes ganan las calles y conquistan sus derechos. Por algo, el fresco es una pintura de masas y para masas. Un fresco, en el sentido de Miguel Angel, de Rivera, Siqueiros o de Orozco, es una lección objetiva hablando perennemente a las masas.

Sabogal, por otro lado, es un pintor ligado a los trabajadores de su patria y vinculado a lo mejor y más puro de su tradición de lucha. Fue el colaborador cercano de José Carlos Mariátegui, el pensador que inaugurara una nueva era en la historia nacional. Fue él quien sugirió aquel glorioso y profundamente peruano nombre de "Amauta", para la tribuna continental que animó José Carlos hasta su muerte. Ese parentesco del espíritu que le unió al fundador y jefe del comunismo peruano, está emocionadamente recordado en las páginas del reciente libro escrito por su dignísima consorte, la escritora María Wiese "José Carlos Mariátegui" (Etapas de su vida).

Por el sentido de su obra, no resulta exagerado afirmar que Sabogal es el Mariátegui de la pintura nacional. Como el Amauta, es el redescubridor de los valores plásticos peruanos cuando pinta al indio con colores y con espíritu indígenas; cuando inicia el retorno por los hasta antes inéditos y desconocidos quilates del arte popular; cuando, como Mariátegui, vuelto de Europa con los

ojos y la paleta llenos de España, se queda pronto, maravillado por el paisaje y el hombre de su patria y emprende la tarea, gigantesca por cierto, para un solo hombre, de crear la auténtica pintura con línea y formas peruanas, con entraña peruana.

En la pintura Sabogal siguió y sigue la única consigna realmente salvadora de "peruanizar el Perú", y en este camino, tal vez con errores como toda obra humana, Sabogal ha ganado terreno con seguridad y firmeza que le honran en alto grado.

Bien merece pues, el Maestro, el homenaje que ha de tributarle esta noche, la Universidad Obrera Rafael Tupayachi.

Diario El Sol, julio 25, de 1945.

JOSE SABOGAL Y EL CUSCO.

Siempre es reconfortante y auspiciosa la presencia de José Sabogal en el Cusco, la obra de nuestro gran pintor está vinculada con esta tierra desde sus inicios. Allá por 1919, al regresar de Europa, pasó por Argentina y entró al Perú por el Titicaca, como él mismo lo dice, con esa voz pastosa y profunda y su característico ademán de expresar las palabras como si las estuviera modelando en arcilla con el pulgar derecho. Llegó al Cusco que para él fue una revelación deslumbrante. Con su técnica impresionista de aquellos años, fogosa de color y de pasta, pintó calles, patios, indios y cholos. Con él nació el indigenismo en la pintura peruana. Un indigenismo de fuerte contenido humano y social, pues, no sólo retrató a los varayoc indios y plasmó semblanzas de tipo popular, sino también trasladó al lienzo la tragedia de los pongos. Inmortalizó bellos y queridos rincones del Cusco que ahora ya no existen: La Fuente de Arones, El Balcón de Herodes, la Cuesta de Santa Ana.

Desde esos lejanos días, José Sabogal, no ha dejado de venir al Cusco. Esta vez ha encontrado un Cusco desgarrado por el terremoto y en trance de acabarse de destruir en su esencial valor plástico, por los nuevos edificios que se están levantando sin ápice de sentido arquitectónico y estético, atendiendo solamente al sentido bastardo de la renta y del lucro. "Cusco es crisol y es arista" le hemos oído decir al Maestro y aquí recogemos sus palabras que

encierran hermosa y alta enseñanza. Las gentes que han comprendido el verdadero y único valor del Cusco, deben hacer todo lo posible para que lo que ha dejado el terremoto se conserve con cariño, como preciada joya y lo que se ha edificado o está por edificarse guarde armonía o por lo menos, no desentone con lo sustantivo arquitectónico de nuestra ciudad. Tal vez es el mensaje que nos deja el Maestro, pintor y esteta. Hubiéramos deseado de buena gana, que explye más ampliamente sus ideas, pero Sabogal es tan parco de palabras que le bastan pocas y rotundas frases para expresar el meollo de su pensamiento.

En estos tiempos en que la moda del abstractismo está haciendo furor junto con el mambo y la poesía del disparate puro, la pintura de José Sabogal es posible que se haya marginado de la actualidad nacional, o en términos más concretos de la actualidad limeña. Dentro de la producción en serie de los catecúmenos del "Grupo español de París" no cabe lugar, evidentemente, para el realismo figurativo y el indigenismo popular y peruano de su pintura. Para estar a tono con la moda es preciso pertenecer a uno de los grupos (españoles de París) y pintar según las recetas de los grupos, Sabogal sólo pertenece a uno: "el grupo peruano del Perú" y como lo peruano y principalmente lo indio y lo mestizo, es lo que menos se puede encontrar en la pintura que ahora se hace en Lima, resulta que Sabogal es un hombre de otro tiempo. Con la única salvedad que ese tiempo todavía no ha llegado. El Maestro cajamarquino, se adelantó al suyo, como lo hizo su gran amigo el creador de Amauta.

Hablamos con Sabogal acerca de la Exposición de Arte Americano que ha auspiciado el diario "La Crónica" y cuyo eco llegó hasta nosotros a través de la palabra del profesor Víctor M. Reyes y la proyección de la película "La Pintura en México". Aquella muestra, la más completa que se ha visto en Lima, es una saludable vacuna para combatir la epidemia abstractista. El realismo rudo y popular de los maestros aztecas, puede tener, en última instancia, la virtud de que los deshumanizados pintores de visiones oníricas despierten de su sueño de opio y vuelvan a la realidad. En esto estamos de perfecto acuerdo.

Diario El Sol. Cusco, 27 de Junio de 1954.

REENCUENTRO CON JOSE SABOGAL.

Hace 63 años, en 1919, llegó por primera vez al Cusco, José Sabogal que venía desde la sierra del norte argentino, atraído por el misterioso embrujo de la Ciudad de los Incas. Cusco era, en aquellos años, una gran aldea abandonada a su suerte, en trance de desintegración; su población apenas llegaba a veinte mil habitantes. Era maloliente y sucia, pero conservaba la traza antigua de sus callejas, la paz arremansada de sus patios, sus rojas techumbres de teja y todavía no la habían invadido el cemento y la calamina y los ambulantes. Pocos automóviles circulaban sus calles silentes.

El Cusco que durante el siglo pasado recibió a viajeros ilustres como Sir. Clements R. Markham, George Squier y otros no menos famosos, comenzaba a ser visitado por pintores que habían descubierto una riquísima cantera plástica e inspiración para sus obras. Uno de los primeros -fue el joven cajamarquino Sabogal quien -para entonces- ya había recorrido buena parte de Italia y España (a pie, dice él) y la Costa africana del mediterráneo culminando su formación académica en Buenos Aires, de donde fue destacado como profesor a la andina provincia de Jujuy.

Según su propia concepción, el Cusco no sólo lo deslumbró sino que lo cautivó para siempre. El gran artista vivió en perpetua vigilia enamorado de esta tierra a la que regresaba en cuantas ocasiones le permitía su laboriosa tarea de creación. Estableció su taller en una vieja casona colonial y trabajó incansablemente más de seis meses, produciendo una cincuentena de cuadros que expuso en la Casa Brandes de Lima, La exposición Sabogal -comentan los diarios y revistas de la época- constituyó una verdadera revelación. Muchos críticos limeños se escandalizaron de ver semblanzas de indios y cholos en los cuadros de Sabogal.

En esta su primera época de deslumbramiento eufórico, Sabogal pintaba en técnica impresionista, el "plain air" con vibrantes colores y rica pasta, interpretando el Cusco en "su bella luz plateada y sus dorados soles de los gentiles". De este período son entre los más conocidos sus óleos: La Fuente de Arones, Las Viejas de Santa Ana, Cusqueña a Misa, el Balcón de Herodes, la Señoracha, etc. Ninguno de los cuales se encuentran en la colección que presenta el Banco Industrial del Perú en el Palacio del Almirante. Después de

su viaje a México en 1923, donde alternó con los famosos muralistas aztecas, Diego Rivera, Orozco, Siqueiros, en el mejor momento de su ciclo creacional, su plástica varió sustancialmente, optó por las tierras, los ocre y los grises; corresponden a esa etapa algunos óleos y grabados exhibidos en la retrospectiva. Se completa la muestra con el muy conocido varayoc de Chinchero y la Chinita muy lograda por la elegancia de la pose y la calidez del color.

En "El Anticuario" podemos reconocer fácilmente a un pintoresco personaje local, el célebre chamarillero Hermosilla.

El antiguo y noble arte del grabado en madera que Sabogal cultivaba con especial cariño, está bien representado por copias de sus mejores planchas xilográficas, una litografía y alguna monotipia.

En síntesis la exposición itinerante organizada en forma honrosísima por el Banco Industrial del Perú y el Instituto Nacional de Cultura, viene a ser una suerte de retorno póstumo de Sabogal a la ciudad que tanto amó y admiró en vida el iniciador de la pintura auténticamente peruana a la que los literatos decadentes de hace medio siglo calificaron de "INDIGENISTA" como disimulada connotación despectiva. Pero a los 25 años de su ausencia definitiva Sabogal y su Escuela ha sentado carta de ciudadanía artística como representativa de la pintura peruana, con inequívoco signo nacional.

Finalmente, nuestro cálido y entusiasta aplauso a la obra de acendrado nacionalismo y de difusión de los más altos valores de la cultura, que, con esta Exposición y otras actividades similares, viene realizando una Institución de crédito como el Banco Industrial del Perú.

Diario El Comercio. Cusco, 14 de Julio de 1982.

LA MUERTE DE JOSE SABOGAL.

Una noticia que ha llenado de congoja a los artistas e intelectuales de la patria, es, sin duda, la que nos anuncia la muerte de José Sabogal, uno de los más vigorosos, por no decir el más fuerte, de los pintores peruanos de nuestros días. Aún más dolorosa e inesperada ha de ser la fatal nueva, porque Sabogal y la magnífica obra que deja están profunda y cordialmente vinculados a esta tierra de los incas y los amautas, a la que tanto admiró y exaltó el maestro cajabambino.

Sabogal fue el creador y abanderado del indigenismo en pintura y, como tal, representa el genuino arte peruano. Peruano por su esencia, por su temática y sus proyecciones. Tan peruana es la pintura de Sabogal, que se enraiza en el arte popular. El fue quien reivindicó como valores plásticos sustantivos, el toro de barro de Pucará y descubrió con mayor apasionamiento y cariño que Ricardo Palma y Teófilo Castillo al acuarelista mulato Pancho Fierro.

Pintando indios, llamas y calles viejas del Cusco, Huancavelica y otras ciudades serranas, llegó un momento a imponer una corriente artística ahora despectivamente calificada de indigenista por los snobs del llamado arte abstracto. El sabor popular de la pintura de Sabogal, su decidido rumbo a labrar obra en las canteras de la nacionalidad disgustó a los epígonos retrasados del "grupo español de París", que primero lo sacaron de la Dirección de la Escuela Nacional de Bellas Artes y luego le tendieron un cerco de silencio y olvido.

Sobre estos tópicos y sobre otros muchos dialogábamos cada vez que José Sabogal llegaba en sus periódicas visitas y creo que fue hace dos años, el 54, que se dolía de lo que se hacía en el Cusco posterremoto al destruirlo y desfigurarle horriblemente. Aquella vez dijo esta frase que recogí entonces: "El Cusco es crisol y es arista". Crisol que funde armoniosa y bellamente los nobles metales de la patria y arista señera de un poliedro ideal que podría resumir la Divina Proporción Renacentista. El Cusco pre-terremoto quedó inmortalizando por su másculo pincel en su primera manera impresionista, cuando regresaba de Europa después de recorrer España a pie y de una pasajera estancia en las sierras cordobesas de la Argentina, donde se contagió del sano y optimista realismo de Fernando Fader. De entonces, allá por 1919, datan esos luminosos óleos como "Las Viejas de Santa Ana", la desaparecida "Fuente de Arones", las viejas calles inundadas de sol, el "Varayoc de Chinchero", sus indios, sus cholas y sus "señorachas".

También Sabogal revalorizó en estilo nuevo, el viejo arte del grabado en madera. Sus estampas xilografiadas, con un ligero acento mexicano ilustraron publicaciones y revistas que ejercieron profunda y duradera influencia en los rumbos ideológicos del Perú, como "Amauta". Fue Sabogal quien sugirió a José Carlos Mariátegui el nombre Amauta, que el analista de los Siete Ensayos adoptó para su revista.

Toda su obra, tanto pictórica como literaria, está transida de peruanidad. Ese será su mayor mérito, su aporte indiscutible al arte nacional. Ahora que el maestro ha traspuesto los lindes de lo terreno, pasa a ocupar su puesto entre los pocos grandes pintores del Perú republicano: Merino, Lazo, Montero, Hernández, Baca Flor y ahora Sabogal.

Aunque los artistas son inmortales como los dioses, porque viven en su obra, con profundo dolor nos asociamos al duelo del arte nacional.

Diario El Sol. Cusco, Diciembre 18 de 1956.

EL CUSCO Y EL CENTENARIO DE SABOGAL.

SABOGAL, su persona, su obra y su estética están profunda y entrañablemente vinculadas con el Cusco, por eso nuestra ciudad no debe estar ausente en la celebración del centenario del nacimiento del gran artista cajamarquino que se recuerda el 19 del presente mes de Marzo, acontecimiento que se aprestan a conmemorar con diversos actos instituciones y personalidades representativas del Arte y de la Cultura de nuestro país.

Al terminar la segunda década del presente siglo, por 1919, llegó al Cusco José Sabogal, que venía desde las sierras de Jujuy y Córdoba en el norte argentino atraído por el misterioso embrujo de la Ciudad de los Incas. Cusco era en aquellos años una gran aldea abandonada a su suerte, en trance de franca desintegración; su población llegaba apenas a los veinte mil habitantes; era maloliente y sucia, pero conservaba la traza antigua de sus callejas la paz arremansada de sus patios, sus rojas techumbres de tejas y todavía no lo habían invadido el cemento, la calamina y los ambulantes; pocos automóviles circulaban por las calles silentes.

En esta primera época de deslumbramiento eufórico, Sabogal pintaba en técnica impresionista al "plan air" con vibrantes colores y rica pasta, interpretando el Cusco con "su bella luz plateada y sus dorados soles de los gentiles". De este período son, entre los más conocidos, sus óleos: La Fuentes de Arques, el Balcón de Herodes, Viejas de Santa Ana, Cusqueña a Misa, la Señoracha y muchos otros dispersos hoy en colecciones de la capital y del extranjero. Quién posó para la dama cusqueña que se dirige al templo tocada

con mantilla de encaje y seguida por su pongo portando el reclinatorio y la alfombra, fue una belleza morena, la señorita Corbacho. Por esos años tenía su taller en el Portal de Confituría, el notable escultor arequipeño Natalicio Delgado quien modeló la cabeza de Sabogal en un expresivo yeso.

Tras su viaje a México donde alternó con los grandes muralistas aztecas Diego Rivera, Clemente Orozco, David Alfaro, Siqueiros, el grabador Guadalupe Posada y otros que se encontraban en el mejor momento de su ciclo creacional, su técnica varió substancialmente, optó por las tierras, los ocres y los grises. Trabajó también en el xilgrabado, procedimiento de secular antigüedad que Sabogal puso de moda a través de Amauta, la revista de Mariátegui.

SABOGAL Y LA PINTURA "INDIGENISTA"

Fue Sabogal el iniciador y abanderado del indigenismo en pintura y, como tal, representa el genuino arte peruano. Peruano por su esencia por su temática y por sus proyecciones. Tan peruana es la pintura de Sabogal que se enraiza en el arte popular. El fue quien reivindicó como valores plásticos sustantivos el Quero incaico, el mate burilado de Huamanga, el toro de barro de Pucará y redescubrió con mayor apasionamiento y cariño que Ricardo Palma y Teófilo Castillo al acuarelista mulato y popular Pancho Fierro.

Pintando indios, llamas y calles viejas del Cusco, Huancavelica y otras ciudades serranas, llegó un momento a imponer una corriente estética que fue despectivamente calificada de "indigenista" por los snobs del llamado arte abstracto. El sabor popular de la pintura de Sabogal, su decidido rumbo a labrar obra en las canteras de la nacionalidad, disgustó a los epígonos del Grupo Español de París, que primero lo sacaron de la Dirección de la Escuela Nacional de Bellas Artes y luego le tendieron un cerco de silencio y olvido.

No faltó quien negara hasta su calidad y condición de pintor, Ricardo Grau pintor peruano nacido en Francia, dijo levantando el consiguiente escándalo que Sabogal "no sabía pintar" ..., Grau era uno de los corifeos del "Grupo Español de París".

Y a propósito, hablando de grupos, en cierta oportunidad Sabogal me dijo que si se trataba de grupos él sólo podía clasificarse en uno: "El Grupo Peruano del Perú".

SABOGAL MURALISTA

Tuve la suerte de tratar de cerca al iniciador del movimiento nacionalista en pintura allá por 1945, cuando llegó al Cusco en una de sus periódicas visitas, esta vez, para pintar los murales que debían decorar varios ambientes del hotel de Turistas de El Cuadro, con el retrato del Inca Garcilaso, Manco Qhapac y Mama Oqlllo, los fundadores del Imperio Inca, el retrato ecuestre del Demonio de los Andes, el célebre don Francisco de Carbajal, jinete en su "mula bermeja" y algunos paneles decorativos con motivos incaicos.

Sabogal trajo como su ayudante al pintor Azabache quien le preparaba el "encarrujado" que es el soporte propio de la pintura al fresco y las tierras y colorantes empleados en esa técnica. Luego de su trabajo matinal encaramado en el andamiaje, nos encontrábamos a mediodía en el parque Espinar y sosteníamos largas charlas sobre pintura, arte y actualidad política, para terminar tomándonos un pisco limón, su cocktail preferido, en un modesto bar de la Avenida del Sol.

Aquella vez, Julio de 1945, escribí en El Sol, diario del que fui redactor muchos años, lo siguiente:

La obra que Sabogal ejecute en el Cusco, ha de tener prestancia y estatura trascendentes. Sus proyecciones pueden ir muy lejos, ya que de ella podría derivarse un movimiento artístico parangonable a lo que se llamó en México "la conquista de los muros". Sabogal llega a muralista en la plenitud de su arte y de su vida. Podemos esperar pues de su pincel, la obra sazónada y madura.

Y quien sabe si del Cusco deba nacer un movimiento vital, revolucionario y popular en la plástica peruana, ganando los muros al tiempo mismo que las multitudes ganen las calles y conquisten sus derechos. Un fresco en el sentido de Miguel Angel, de Diego Rivera, de Siqueiros o de Orozco, es una lección objetiva hablando perennemente a las masas.

Sabogal, por otro lado, es un pintor ligado a las tradiciones de su patria y vinculado a lo mejor y más puro de su trayectoria de lucha. Fue el colaborador cercano de José Carlos Mariátegui, el pensador que inaugura una nueva era en la historia nacional. Fue él quien sugirió el glorioso y profundamente peruano nombre de "Amauta" para la tribuna continental que animó José Carlos hasta su muerte.

Por el sentido de su obra no resulta exagerado afirmar que Sabogal es el Mariátegui de la pintura nacional. Como el Amauta es el descubridor de los valores plásticos peruanos, cuando pinta al indio con los colores y con espíritu indígenas; cuando inicia el retorno por las hasta entonces inéditas y desconocidas esencias del arte popular; cuando, como Mariátegui, vuelto de Europa con los ojos y la paleta llenos de España, se queda de pronto maravillado por el paisaje y el hombre de su patria y emprende la tarea gigantesca por cierto para un solo hombre, de crear la auténtica pintura peruana con línea y forma peruanos, con entraña peruana.

CUSCO CRISOL Y ARISTA.

Después del terremoto del 50, Sabogal apareció como de costumbre, en el Cusco. La ciudad estaba destruida, las calles en ruinas y aún continuaba su obra vandálica, la barbarie de las demoliciones sin sentido, contra las cuales protestamos cuantos manteníamos en el corazón la imagen de la ciudad amada. Desde luego que coincidimos con el pintor que tuvo frases lapidarias contra los demolidores del Cusco antiguo y estuvimos también conformes en condenar la arquitectura post terremoto que tanto ha desfigurado al Cusco. En esa oportunidad Sabogal dijo esta frase que recogí entonces: "Cusco es crisol y es arista", interpretando el contenido estético de su pensamiento, podría concluir que el Cusco es crisol que funde armoniosa y bellamente los nobles metales de la peruanidad y arista señera de un poliedro ideal que podría resumir la Divina Proporción renacentista. Tal el mensaje que nos dejó el Maestro pintor y esteta Sabogal. Hubiéramos deseado de buena gana que explayara más ampliamente sus ideas, pero Sabogal era tan parco de palabras que le bastaban pocas y rotundas frases para expresar el meollo de su pensamiento.

Viene a cuento recordar ahora que Sabogal tenía una manera característica de subrayar las palabras como si las estuviera modelando en arcilla con el pulgar derecho.

Han transcurrido cerca de medio siglo desde aquellos inolvidables coloquios y mucha agua ha corrido bajo los puentes del Huatanay. El indigenismo pictórico, político y literario de esos años, es ahora nacionalismo



*JOSÉ SABOGAL. El Inca Garcilaso de la Vega
Fresco (Hotel de Turistas del Cusco)*

y peruanismo. Continúan vigentes el arte vigoroso y sólido de José Sabogal y el pensamiento de su amigo y camarada el Amauta Mariátegui, y el Perú se apresta a celebrar el Centenario de uno de sus grandes pintores: Don José Sabogal Diéguez (1888-1956).

Nos aunamos con entera devoción, al coro ditirámico de sus admiradores, discípulos y amigos.

Cusco, marzo 1988. (Separata editada por el INC Cusco).

XILOGRABADOS CUSQUEÑOS DE JOSE SABOGAL.

En marzo del presente año se ha recordado y celebrado en nuestro país, el centenario del nacimiento del gran pintor peruano José Sabogal, quien - como no se olvidado- estuvo entrañablemente vinculado con el Cusco. En numerosos artículos publicados en el periódico y revistas, he enfocado el arte indigenista, mejor, peruanista, de Sabogal como pintor de caballete y muralista, pero esta vez séame permitido abordar una faceta poco conocida y valorizada de la obra sabogalina, inspirada, como muchos de sus óleos, en motivos cusqueños: sus xilograbados o grabados sobre madera. Esto, en la propicia coyuntura de la Segunda Bienal de Grabado organizado por la Escuela de Bellas Artes "Diego Quispe Tito" y su Taller de Grabado que con ejemplar entusiasmo dirige el artista y maestro Miguel Valencia Cazorla.

El arte del grabado en madera es muy antiguo pero también muy moderno. Es anterior a la imprenta y precursor de esta invención del genio humano que revolucionó la Historia, marcando una nueva era en el devenir de la humanidad. Sus orígenes se remontan a las antiquísimas culturas orientales de China y Japón, estando ilustrado con nombres de grandes artistas como el japonés Okusai y otros genios sólo comparables con los mayores de Occidente. Llevado a Europa en la época del Renacimiento (siglo XV y XVI) el grabado sobre piedra, metal y madera, produjo especialistas notables cuyo arte fue precursor de los modernos y sofisticados procedimientos mecánicos como el fotograbado, el huecograbado, el offset y otros que han venido a reemplazar la habilidad manual del artista con la perfección cada vez mayor de las máquinas. Ello no obstante, el grabado como arte manual no ha perdido nunca

su prestancia y sus prerrogativas estéticas. Al lado de los grandes pintores y dibujantes se sitúan también los maestros del aguafuerte como Durero y Goya. El alemán Alberto Durero es tan genial pintor como grabador, sus alegorías de la Muerte y los Jinetes del Apocalipsis, son obras en las que el talento creador y la fantasía imaginativa alcanzan cúspides geniales.

En años relativamente recientes, bastaría mencionar a los franceses Gustavo Doré con sus ilustraciones de Biblia y el Quijote, Honore Daumier genial satírico y humorista; el genio torturado de don Francisco de Goya en sus "Caprichos" y, más próximos a nosotros en el tiempo, a Masserel y Delhez entre centenares de grabadores de todos los países y continentes.

En América ha cobrado alta jerarquía el grabado mexicano al par que el muralismo, como producto de la revolución agrarista de 1910. Nombres tan famosos como los de José Guadalupe Posada, Ramón Alva de la Canal y muchos otros que sería largo enumerar, ilustran el arte popular y revolucionario de México junto a la tríada de los grandes muralista Rivera, Siqueiros y Orozco.

Volviendo a nuestro compatriota José Sabogal, en 1923, hizo una larga estancia en la capital mexicana donde estudió y captó no solamente el arte monumental de los muralista, sino igualmente, el "arte artesano" de los grabadores en madera, Sabogal puso "de moda" por así decir, el arte del grabado artístico en el Perú, desde las páginas de AMAUTA, la revista de José Carlos Mariátegui y otras publicaciones de la misma época. Como Director de la Escuela Nacional de Bellas Artes, Sabogal contagió su devoción por el xilgrabado a varios de sus discípulos como Julia Codesido y Camilo Blas.

En sus muchas visitas al Cusco, que le eran tan gratas como fructíferas, Sabogal tomaba apuntes al lápiz de asuntos de género, costumbres, tipos y paisajes, muchos de los cuales los trasladó a tacos de madera, habiendo dejado una extensa colección de esas pequeñas obras con cuyas reproducciones han aparecido posteriormente en álbumes y cuadernos.

Hagamos un breve recorrido en el recuerdo de los xilgrabados de Sabogal con motivos cusqueños:

El "Señor de Mollechayoc", reproduce la imagen del popular Cristo, réplica del Señor de los Temblores que se encuentra en la capilla de una casa particular situada en la esquina de las calles Cruz Verde y Teccte en cuyo patio existe hoy mismo un frondoso árbol de molle. El Señor de Mollechayoc

constituye una arraigada devoción popular, especialmente entre las abaceras del Mercado Central de Santa Clara.

"Taytacha Temblores", una escena del famoso Lunes Santo cusqueño mostrando en primer término a un "celador" o varayoc indio.

"Zaguán cusqueño", el antiguo vestíbulo de la Casa de los Cuatro Bustos (hoy Hotel Libertador) en la calle de San Agustín.

"Viejas Cusqueñas", un grupo de mujeres con el típico indumento de polleras de "castilla y rebozos con cinta labrada" versión de otro óleo titulado Viejas de Santa Ana.

Temas de paisaje urbano son "Portal de la Compañía", un rincón de la antigua calle de Mantas o de los Siete Cajones, ya definitivamente desaparecido; el igualmente perdido por siempre, "Balcón de Herodes", en Kancharina. Y entre las figuras de temática indigenista del gusto del maestro cajabambino: "El indio Sullca", "India del Collao". Especial mención merece la cabeza del Inca Garcilaso de la Vega en creación de Sabogal.

Y para terminar, una figura muy ligada a la tradición y al anecdotario popular cusqueños, es la del "Anticuario" que retrata en pocos rasgos sintéticos la faz hermética y misteriosa del más popular de los chamarilleros y comerciantes de vejeces y antiguallas, la del famoso Hermosilla cuya indescriptible tienda se encontraba situada en el también desaparecido Portal de la Compañía.

Cusco, 20 Setiembre 1988.